

**CUENTO N° 125**

**TÍTULO: DESDE MI BALCÓN**

**SEUDÓNIMO: FALCONE**

**AUTOR: HÉCTOR HERNÁN DUCCI BUDGE**

## DESDE MI BALCÓN

Falcone

Desde el catorce de marzo he estado solo en mi departamento, en cuarentena. No he salido ni una sola vez, mi hija o los repartidores me traen la comida, que dejan en mi puerta, la que no he cruzado en ya más de cien días. He leído, visto películas, escuchado música clásica, cocinado y mantenido mis ciento cuarenta metros cuadrados tan limpios como posible, pero, pese a todo eso, me está comenzando a sobrar el tiempo, lo que me ha llevado a deprimentes cavilaciones.

Y para peor, ha comenzado a hacer frío. Mayo fue anormalmente cálido, lo que me permitió pasar horas en mi muy pequeño balcón, e imponerme de todo lo que pasaba en los departamentos de vecinos, actividades que han pasado a ser mi mayor entretenimiento. Pero ahora, a fines de junio, el frío reinante me lo ha impedido, limitando mis salidas a unos pocos minutos al mediodía, cuando mi diminuto balcón recibe unos débiles rayos de sol, que no duran más que unos minutos.

El complejo de edificios en que vivo tiene forma de U, cada brazo de esta constituido por idénticos edificios de veinte pisos. El centro de esa U, que cuando compré el departamento “en verde” me aseguraron que sería un área también verde, es un rectángulo de cemento sin gracia alguna, que actúa como cámara de reverberación de los sonidos que los ocupantes generamos, los que muchas veces incluyen gritos y garabatos. Sí, vivo en uno de los tan criticados *ghettos* verticales, los mismos que han horrorizado a arquitectos de buen nombre. En Chile, nada de lo que ha sido construido trasgrediendo las normas ha sido derribado, y las multas por infringirlas son tan ridículamente bajas que es más rentable construir violándolas y pagar esas multas, que abstenerse de hacerlo. Estoy seguro de que esas multas están incluidas en el precio de venta de las propiedades, por lo que somos nosotros, los ocupantes, los que las pagamos.

Bueno, vivo en el edificio Poniente, desde mi balcón miro hacia el oriente, tengo a mi derecha todo el edificio Norte, y a mi izquierda el Sur. Son veinte los pisos de cada uno, ocho los departamentos en cada piso que miran hacia el interior de esta U, por lo que desde el décimo piso en que vivo tengo acceso visual a trescientos veinte de ellos, trescientos veinte familias o grupos de personas

conviviendo durante este cautiverio, como he llegado a definir lo que vivimos. Me es más difícil ver lo que ocurre en los departamentos de mi edificio, aunque mis vecinos del 10 Sur E han mantenido mi curiosidad al vivo, pasando de los gritos de odio al amor en cosa de segundos.

Hace ya varias semanas, estando sentado en el balcón, que es tan estrecho que una vez en la silla apenas me caben las piernas entre esta y la baranda, vi que en el octavo piso del edificio Norte un joven colgaba ropa a secar en la baranda del suyo. Pocos segundos después su mujer salió a este, y al ver lo que su marido o conviviente hacía armó tal trifulca que muchos vecinos se asomaron a establecer qué ocurría. Mientras ella gritaba, recogía la ropa sin dejar de alegar. A nuestros oídos llegaron términos como “descriteriado”, “inútil”, “bueno para nada”, “prefiero que no hagas nada si lo vas a hacer mal. El pobre hombre se limitaba a ayudarla a poner la ropa en un canasto, pero no protestaba, y pese a la distancia que nos separaba concluí que sus hombros caídos y su silencio eran elocuentes muestras de quién mandaba y quién tenía los pantalones en esa casa, porque ese no era un hogar.

El ocio y la curiosidad me hicieron comenzar a prestar atención a lo que ocurría en los departamentos de mis vecinos. Encontré unos binoculares que usaba cuando iba a las carreras, y en pocos días ya tenía una idea de lo que eran y vivían muchos de los que ocupaban los departamentos del *ghetto* vertical que en un momento de debilidad habíamos comprado o arrendado. Había parejas jóvenes, otras no tanto, hombres y mujeres solos, grupos de hombres que debían ser universitarios, un hombre mayor que me hizo pensar que era un viudo, una mujer que cada mañana aparecía en el balcón con un hombre diferente, al que no volvíamos a ver, que debía ser una prostituta, dos niños que jugaban un juego de tablero, probablemente ajedrez, por horas. Uno tocaba piezas clásicas con su violín con bastante gracia, una gorda cantaba ópera después de la hora de almuerzo sin la menor consideración por los que intentábamos dormir siesta, una mujer de edad media alimentaba a las palomas. Era un grupo muy variopinto, un verdadero zoológico humano.

Una mañana salí al balcón, me cubrí las piernas con un chalón y miré hacia la cordillera. El *smog* me impedía verla, lo que me sorprendió, ya que suponía que durante la cuarentena y a raíz de que menos vehículos circulaban por sus calles,

la ciudad tendría cielos más limpios. Miré al edificio norte. El viudo estaba en su balcón, tan protegido del frío como yo. Pasaban los minutos y no se movía, la vista aparentemente perdida en quizás qué recuerdos. Tomé los binoculares y lo observé. Tenía los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, sus brazos cruzados, sus manos entrelazadas. Parecía estar en paz, pero era la imagen misma de la soledad. ¿Vendría alguien a visitarlo, lo llamarían para saber cómo estaba, tendría acceso a internet para comunicarse con los suyos? ¿Cómo?

////////////////////////////////////